SOBRE COSAS PERDIDAS...

*Alguien dijo haber encontrado algo por casualidad...
Pero las leyes no le dieron la razón*

El señor Álvarez (a quien llamaremos Roberto) trabajaba como taxista en el Aeroparque de Buenos Aires (un aeropuerto ubicado cerca del centro de la capital argentina).

Una madrugada de octubre de 2024, cuando estaba aun oscuro, alguien olvidó en la vereda (acera) del sector de Arribos Internacionales dos bolsas con perfumes y licores comprados en la tienda libre de impuestos del lugar.

Una de las tantas cámaras de video ubicadas allí grabó cuando Roberto pasó por el lugar, vio las bolsas y, como dijo el sumario policial, “miró en diversas direcciones, se acercó lentamente, colocó su teléfono en el oído y recogió los bienes”.

Roberto se dirigió luego hacia su taxi estacionado a unos metros y, “a la par que manipulaba su celular, depositó los bienes ajenos en el baúl, lo cerró y se retiró del lugar caminando”.

Quien olvidó las bolsas hizo la denuncia policial y las grabaciones de video hicieron el resto. Roberto fue acusado penalmente de haber cometido el delito de apropiación indebida de cosa perdida y procesado. Obviamente, apeló.

El 10 de febrero último la Cámara de Apelaciones puso fin a la cuestión¹.

En rigor, –y más allá de los argumentos que haya esgrimido don Roberto para explicar su conducta, que no son detallados en la sentencia– la solución era sencilla.

En efecto, el Código Civil y Comercial dispone que “el que encuentra una cosa perdida no está obligado a tomarla, pero si lo hace asume las obligaciones del depositario a título oneroso. Debe restituirla inmediatamente a quien tenga derecho a reclamarla, y si no lo individualiza, debe entregarla a la policía del lugar del hallazgo, quien debe dar intervención al juez”.

Los jueces dijeron que la escena registrada por las cámaras de grabación ubicadas allí “en modo alguno se condice con la actitud que demanda el Código Civil y Comercial de la Nación”.

En opinión de los jueces, “el comportamiento [de Roberto] lejos de dar cuenta de su intención de devolver los bienes, como dijo, exhibe su intención de ocultamiento –al guardarlos en el interior del baúl de su roda-

¹ In re “Álvarez”, CNApCrimCorr. (4), CCC 58831/2024/CA1; *ElDial.Express* XXV:6632, 28 febrero 2025. AAEGC5.

do— y también de apropiación al no dar aviso a ninguna autoridad”.

Según se puede deducir de la sentencia (que esta vez es escueta y no parece haber sido redactada por un frustrado catedrático de derecho penal con ganas de escribir un tratado sobre la materia), Roberto habría explicado que intentó entregar las bolsas a la policía (lo que, de haber ocurrido, habría implicado cumplir con la ley y excluido la comisión de un delito).

Efectivamente, Roberto, “al ejercer su defensa sostuvo que no observó la presencia policial”. Pero los jueces notaron que las pruebas demostraban que Roberto no intentó ubicar algún agente para dar cuenta del hallazgo. Tampoco intentó dar aviso telefónico, lo que podría haber hecho fácilmente.

Roberto tampoco pidió ayuda a algún empleado del Aeroparque, “en especial cuando, como es de público conocimiento, las terminales de pasajeros cuentan con oficinas de objetos perdidos, a donde alguien con la genuina intención de restituirlos se hubiera dirigido”.

El tribunal tuvo también en cuenta que Roberto se desempeñaba hacia cuatro años como taxista en el aeropuerto, por lo que no podía desconocer la existencia de aquella oficina de objetos perdidos.

Los jueces, al valorar conjuntamente toda la prueba, “conforme a la sana crítica racional”, entendieron que había “elementos de convicción suficientes para estimar que existía un hecho delictuoso” y que Roberto “era culpable como partícipe de éste”. En consecuencia, confirmaron el procesamiento del taxista.

Ahora bien, si Roberto hubiera entregado las bolsas a la policía, ¿qué habría pasado?

Hay dos respuestas posibles; una pertenece al mundo de las realidades y la otra al de los ideales.

Hablaremos de esta última. Según el Código Civil y Comercial, quien encuentra una cosa perdida “no está obligado a tomarla”. Es decir, Roberto podría haber pasado de largo y dejar las bolsas donde estaban. Nada habría ocurrido.

Pero al recogerlas, “asumió las obligaciones del depositario a título oneroso”. De allí se desprenden dos consecuencias jurídicas: como depositario tenía la obligación de devolver lo recibido en depósito, pero como depositario a título oneroso *tenía derecho a cobrar por su servicio*.

Luego de recoger las bolsas, la ley imponía a Roberto la obligación de “restituir[las] inmediatamente a quien tenga derecho a reclamarla”.

No se sabe si Roberto conocía a quien olvidó las bolsas; de haberlo sabido, las debió haber restituido a esa persona. Si no la conocía, debió entregarlas “a la policía del lugar del hallazgo”.

Ésta, a su vez, está obligada “a dar intervención al juez”.

Otra vez, asumamos, en un mundo ideal, que es eso lo que ocurre. (La única persona que podría reclamar a la policía por la falta de aviso al juez sería quien encontró la cosa perdida —“el hallador”, como lo llama la ley—, pues es el único al tanto de lo ocurrido. Por eso, la posibilidad de que la justicia intervenga en casos como éstos es muy baja. Pero si el hallador supiera cómo sigue la historia, quizás el final sería distinto).

¿Por qué? Porque si el juez ubicara a quien perdió los objetos en cuestión, aquél podrá recuperarlos sólo si paga los gastos incurri-

dos por quien los encontró y *le entrega una recompensa*.

Si el propietario de las cosas perdidas ofreció recompensa, el hallador podrá aceptarla “o reclamar su fijación por el juez” si considera que aquella es inapropiada.

Pero si luego de seis meses la persona con derecho a reclamar las cosas perdidas no hubiere aparecido, (o antes, si la cosa fuere pe-

recedera o de conservación costosa), “la cosa debe venderse en subasta pública”.

Y cuando la cosa se venda, “deducidos los gastos y la recompensa” (a la que el hallador sigue teniendo derecho), el producido pertenecerá a la ciudad o municipio del lugar en que se halló.

Obviamente, el camino tomado por Roberto fue algo más sencillo, pero bastante más oneroso.

* * *

Esta nota ha sido preparada por Juan Javier Negri. Para más información sobre este tema pueden comunicarse con el teléfono (54-11) 5556-8000 o por correo electrónico a np@negri.com.ar.

**Este artículo es un servicio de Negri & Pueyrredon Abogados a sus clientes y amigos.
No tiene por objeto prestar asesoramiento legal sobre tema alguno.**